

SI MI VIDA HUBIERA SIDO DIFERENTE, NO SERÍA LO QUE SOY HOY



Nací en una familia de nueve hijos, dos mujeres y siete hombres. Cuando nací, mis padres no eran cristianos practicantes. Pero estudié en escuelas católicas e iba a misa como obligación escolar. A los nueve años recibí el bautismo y la primera comunión.

Pero en 1990 mi padre enfermó y pensando en morir decidió volver a la Iglesia, se convirtió en un gran animador parroquial. En este período comencé a ejercer el servicio como lector.

Mi historia vocacional es una verdadera aventura de Dios y con Dios. Nunca soñé con ser monja, mi sueño era ser una buena esposa y madre. De hecho, en mi parroquia había religiosas de una diócesis del Congo; una de ellas, la directora de la escuela, era muy mala con los niños. Pegaba sin piedad a los que llegaban tarde a clase. Y las mujeres decían que era mala porque no tenía hijos.

Al terminar la secundaria sentí el deseo de ser religiosa, inspirada por la Palabra de Dios: *La mies es mucha pero los operarios son pocos* (Lc 10,2). Esta palabra de Jesús en el Evangelio de Lucas despertó en mí el deseo de ser un obrero en la mies del Señor. Pero no era fácil; había obstáculos que superar. Me preguntaba si mis padres estarían de acuerdo; después, si mi tío, que esperaba mi dote, me dejaría entrar en el convento. Anuncié la noticia a mi padre, que era animador pastoral, estuvo de acuerdo y me dijo que estudiara primero, pero mi madre no estaba de acuerdo porque, como segunda hija de la familia, tenía que casarme y mi tío estaba esperando mi dote. Tuve que pedirle

permiso a mi tío para liberarme. No fue fácil, así que después de rezar y reflexionar fui a hablar con él, por suerte no se opuso. Como dije antes, no sabía nada sobre la vida religiosa ni sobre las diferentes congregaciones religiosas. Pero yo no quería unirme a una congregación cuya misión fuera la educación o los hospitales y me sentí llamado a hacer algo diferente. Hablé con mi párroco y me dio un folleto con los nombres de las diversas congregaciones y su misión. Fue en este folleto que encontré la Congregación de las Hijas de San Pablo, su misión y su carisma.

Pero ¿Por qué Hijas de San Pablo? Primero, su misión que estaba fuera de lo común y estaba muy emocionada de saberlo, aunque no entendía mucho. Lo segundo que me atrajo fue el nombre Hijas de San Pablo. Me dije a mi misma «aunque sea vieja seré siempre Hija de San Pablo». Esto era todo para mí: Misión y nombre.

En el año 2000 comencé mi formación; en 2005 hice mi primera profesión y en 2012 mi profesión perpetua.

MOMENTO DE OSCURIDAD PERO LA MANO DE DIOS ESTABA SOBRE MÍ

Después de cuatro años de votos perpetuos, viví un momento de gran crisis. La vida religiosa ya no significaba nada para mí. Todo: apostolado, oración, vida comunitaria ya no tenía sentido para mi vida. En 2016 pedí retirarme de la Congregación y fui a experimentar la vida fuera durante casi tres años. Pero cuando Dios quiere a una persona, aunque la deje libre, siempre encuentra la manera de traerla de vuelta a sí mismo. *Ve, vende todo lo que tienes, y luego sígueme (Mc 10,21)*. Estas palabras fueron una segunda llamada para mí. Dejar todo: dejar un trabajo, una casa, un país de acogida, amigos para volver a la Congregación.

Sí, tuve que venderlo todo por Él, porque comprendí que no huía de las dificultades sino de Aquel que accedió a morir por mí en la cruz. Así que en 2019 regresé a la Congregación. Estoy contenta y feliz de vivir mi vida religiosa paulina. Doy gracias al Señor por esta hermosa aventura que continúa. Mientras Él me guíe, estoy en paz y abierta a Su voluntad. Porque me ama tanto que no puede hacer nada que pueda lastimarme.

Thérèse Tshibola Nsaka, fsp